

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Noviembre de 1933

Núm. 103

Roberto F. Guisti

BALDOMERO SANÍN CANO

Huésped de Chile por espacio de algunas horas fué Baldomero Sanín Cano, el gran escritor de América. Nombrado Ministro de Colombia en Argentina, estuvo de paso en Santiago y ATENEA aprovecha esta oportunidad para rendir este homenaje al autor de *Crítica y Arte*, reproduciendo el interesante estudio que el conocido escritor argentino dedicó a la obra del magnífico ensayista. (N. de la D.).

CUANDO a principios de 1925 llegó Sanín Cano a Buenos Aires, aunque gozaba de antiguo prestigio en algunos círculos intelectuales, acaso no faltó quién viera demasiado énfasis en el saludo con que lo señalé a la juventud como maestro del linaje de Montalvo, de Martí, de Rodó, cuya palabra podía servir de ejemplo y consejo. Me creía con derecho a hacerlo, si consideraba, sin prejuicios de distancia en el tiempo y en el espacio, el idealismo animador de su labor de publicista, la amplitud y claridad de su mirada, su amor a América y su celosa inquietud por el porvenir de ésta. Poco después, en una demostración de afectuosa camaradería, confirmando mi juicio, podía decirle:

«En otra ocasión he celebrado, hablando de Rodó, lo que es un maestro, una mente recta y sabia que nos guíe por el camino de la perfección espiritual, y como

tal os propongo a los argentinos. ¿Cuándo, más que ahora, que una sociedad, un mundo, una civilización se deshace y se desmorona ante nuestros ojos espantados, hemos necesitado de guías expertos? Infinitos caminos se abren ante la ansiedad de América, que así pueden llevarla a realizar el alto destino que de ella esperamos, como a extraviarla quién sabe en cuáles encrucijadas. Infinitas voces discordes suenan en nuestros oídos en esta hora babélica, señalándonos las rutas más opuestas. Hasta las milenarias del Asia nos aconsejan algunos! Nosotros aun creemos en la virtud de la civilización greco-romana, la «humanista» que puede informar e inspirar la experiencia histórica de América, a la que no desdeñamos; y todavía somos muchos los que ascenderíamos las gradas de la Acrópolis para repetir ante Atenas la plegaria de Renán. No creo engañarme, maestro, si pienso que podemos contaros entre los nuestros. Hijo de América, no teméis la democracia ni la libertad. Podéis condenar, habéis condenado sus errores y parodias, pero nunca renegaríais de ellas. Los valores caducos de Europa, sus extravíos presentes, no os extravían ni seducen. Siempre fuisteis un severo censor del militarismo, de la diplomacia enredista, de los turbios manejos financieros, de la venalidad de la prensa, de la concupiscencia, inmoralidad, frivolidad, anarquía de esta sociedad decadente. De estirpe hispana, manejáis con perfecta maestría nuestro idioma, por el que el nombre y el espíritu de España sobrenadarán sobre la corriente de los siglos. Vuestra cultura es aquella, universal, que sólo son capaces de atesorar con juvenil validez, sin exclusivismos, los espíritus esclarecidos de América cuando dirigen sus miradas hacia el saber del viejo mundo. Singularmente modesto, habéis dejado dispersa en los periódicos vuestra múltiple y riquísima labor, con la cual podrían y deberían formarse muchos libros orgánicos, sólidos, henchidos de ideas, noblemente inspirados y sabrosa-

mente escritos. ¡Qué exquisita cultura se muestra en ellos y aun en la más pasajera expresión de vuestro pensamiento! A través de los años, antes de que colaborarais en «La Nación» y después que os incorporasteis al cuerpo de sus corresponsales, nos habéis hablado de política, de economía, de historia, de ciencia, de arte, de letras, siempre con criterio seguro de hombre que ha acrisolado su cultura y madurado su pensamiento. Vuestros artículos, vuestros ensayos, son de una pieza: dicen bellamente, con vigor y rigor lógicos, cosas nobles y justas. La larga residencia en Inglaterra ciertamente no ha sido ajena a vuestro perfeccionamiento espiritual. Tan español como sois por la lengua rica y jugosa que manejáis, tenéis mucho de inglés por la seriedad y solidez de raciocinio. En vuestros escritos nunca asoman la garrulería, el conceptismo, el preciosismo, que tantos estragos hacen hasta en los más agudos ingenios españoles. Aquella digna seriedad del pensamiento que tanto debe a las disciplinas clásicas, que se muestra en los publicistas ingleses, así llámense Macaulay como escriban en los periódicos del día, seriedad que no está reñida con un sano humorismo, no es el rasgo menos característico y precioso de vuestra obra. Y como habéis contemplado durante muchos años las cosas del mundo desde un alto observatorio europeo, apartado de las mezquindades del localismo y desligado de los intereses creados, y sois independiente y tolerante por naturaleza, no hay impulso ni movimiento modernos—aunque encontrados, en esta época de todas las tentativas y todas las experiencias—que no hayáis considerado con comprensiva atención. ¿Qué más se necesita para hacer un maestro? Talento, ilustración, carácter, clarividencia, afán de bien, todo lo tenéis».

Sanín Cano apartó de sí, sonriendo, mi elogio. No soy poeta, no soy novelista, no soy dramaturgo, no soy filósofo, no tengo publicado ningún libro de en-

sayos; soy un periodista, nada más—nos decía bromeando ingeniosamente aquella noche (1).

Efectivamente: Sanín Cano es un periodista. La profesión que deshonran muchos analfabetos y otros tantos desvergonzados, no es de por sí inferior a sus congéneres literarias: tiene noble y antiguo abolengo y es bastante anterior a los formidables rotativos; es con seguridad anterior al periodismo. Si no recuerdo mal, Pablo de Tarso era periodista. Sólo que en esta época de Lenin, son diversos de los que él usó, los medios materiales de difusión de las ideas.

Refutar una tontería es mucho más espinoso que hacerlo con una idea seria y bien cimentada, porque no se sabe cómo tomarse con ella sin enredarse en su propia ridiculez. Y difundida tontería en cierto mundillo de pedantes es su finchado desdén hacia los periodistas, nombre que repica en sus labios con retintín. El periodismo es concreción, decisión, acción; es literatura viviente: épocas periodísticas han sido así las de fecunda agitación de los espíritus; periodísticos fueron el humanismo, el erasmismo, la reforma, el enciclopedismo, todas las épocas críticas y panfletarias. ¿En qué órgano de la prensa actual habría

(1) «Faltando a mi natural timidez y exagerando un tanto vuestra penetración, me atrevo a decir que acaso me hacéis esta manifestación porque habéis descubierto que soy un escritor sin rival. En efecto, no tengo rival entre los poetas porque jamás he escrito versos; no le tengo entre los novelistas porque incapaz de mirarme introspectivamente para adjudicarles en seguida mis ideas y sentimientos a personajes imaginativos, no he inventado ni publicado novelas; me ha fascinado la luz de las candilejas, pero, hombre extraño a las grandes emociones y profundamente débil ante las expectativas ansiosas, he preferido contemplar esa luz desde las butacas, no detrás de bastidores, donde se colocan los autores dramáticos y donde la vida late con un ritmo dionisiaco; tampoco tengo rival entre los ensayistas, porque no hay quién pueda decir que conciliara el sueño o prolongara la vigilia leyendo un libro de ensayos que yo haya perpetrado; considero, por último, plausibles todos los sistemas filosóficos, y tengo por ociosa la tarea de crear nuevas explicaciones del entretenido y enrevesado enigma del universo. No tengo, por lo tanto, rival entre los filósofos. Por último, no tengo rival entre los periodistas, porque, como vosotros sabéis, en esa bella profesión que es más bien un apostalado donde se aspira al martirio, la rivalidad está ausente y es incomprensible». («Nosotros», abril de 1925).

publicado Pascal «Las Providenciales»? Nadie niega a Voltaire la no igualada virtud de genial periodista. De haber tenido a su disposición los cotidianos actuales de París y de Londres, ciertamente habría escrito, aparte de sus opúsculos, menos de sus tantas admirables cartas particulares y más «correspondencias». Aquel activo y magnífico carteo de Europa del siglo XVIII era periodismo. Periodista fué en España, entonces, como pudo, el valiente padre Feijóo. Antes de él lo había sido Quevedo. Periodista fué Lessing. Estoy pensando que a Montaigne le hubiera convenido para sus desordenados ensayos, una buena revista acogedora. Precisamente el ensayo suele ser un género periodístico. Otros géneros lo son por naturaleza, la crítica, la sátira.

Recurrir a ejemplos del siglo XIX, el del periodismo, me avergüenza. ¡Ese Sainte Beuve, obligado a cocinar un artículo para cada lunes!

¿Tendré que recordar que el «Facundo» es genuina obra de periodista, como periodistas fueron Alberdi y Mitre?

Y con la extensión enorme que ha adquirido la prensa en todos sus aspectos, ¿qué escritor contemporáneo se resiste a acudir a ella, en procura de pan o de más vasta resonancia?

Lo sé, el periodismo es improvisación y precipitación. Ello es seguro la mayoría de las veces, lo que en fin de cuentas deja un excelente rendimiento de labor asentada. Así y todo, pronto como la percepción y la asociación de ideas, como el pensamiento dialéctico y polémico, como la vida misma, admitamos sus fallas naturales, pero también digámonos que no siempre es discreto excederse en la maduración: demasiado tiempo en la planta, el higo languidece y se seca.

Recuerdo nuevamente a Montaigne, cuando escribe: «Elijo a la ventura el argumento; todos para mi

son igualmente buenos, y nunca formo el designio de agotar los asuntos, pues ninguno se ofrece por entero a mi consideración... De los cien carices de las cosas, escojo uno, ya para acariciarlo solamente ya para desflorarlo, a veces para penetrarlo hasta la médula...»

Era Montaigne. De ahí le vino el estilo alerta y familiar, la viva gracia, la fuerza incisiva.

Esas consideraciones, naturalmente livianas, estarían de más si no existiese la plúmbea casta de los pedantes, que repudian solemnemente la vastedad de horizontes del periodismo y la superficialidad que de ella suele derivarse. Especialistas que envían una reseña o una ficha de dos páginas a cualquier anuario científico y se apresuran luego a reproducirla, para que sea conocida «urbi et orbe», en un folleto de diez y seis contando las en blanco, mal conciben esa universalidad.

Son dos temperamentos, dos oficios, dos nombres opuestos; los dos caben en el mundo. Y conste que no hablo del sabio auténtico y de sus prejuicios, que ya tienen alguna justificación. En verdad, el periodista de raza, curioso de todo, de cosas, de hombres, de libros, errabundo viajero, incansable «enqueteur», a la vez artista, crítico, político, sociólogo, filósofo, «causeur», tal vez más empírico que teórico, más impresionista que sistemático, nos ofrece en los tiempos modernos la imagen aproximada, incompleta, cuanto parezca, del renacentista versado en numerosas artes y ciencias, o del enciclopedista a la manera de Diderot.

Escribiendo sobre Quevedo ha dicho Alfonso Reyes: «Al desarrollarse el panal humano, ha obrado la división del trabajo por todas partes; uno de los rasgos definitivos de nuestra civilización es la fuerza de especialidad; mal hemos abierto los ojos, cuando ya estamos condenados a pulir determinada cabeza de

alfiler; y siempre está la pedantería moderna tratando a los escritores de usurpación, por poco que se desvíen de su oficio reconocido. Así, se ha venido desestimando un poco la profesión general del hombre, y el sueño del enciclopedista nos parece sólo un sueño dorado. Aun las libertades de la conversación—donde es costumbre hablar de lo que no ejercemos—parecen ilícitas a nuestros técnicos. La urgente necesidad de saber, ahoga el derecho de opinar y se nos repite con la serpiente de la fábula:

*que lo importante y raro
no es entender de todo
sino ser diestro en algo.*

«El día en que sólo a los profesionales de la pintura se consintiera ponderar las excelencias de un paisaje o la vaguedad de un crepúsculo, habría que emprender una guerra para la reconquista del alma.»

Esa profesión general del hombre, cuya desestima deplora el talentoso erudito y literato, es la que en todo tiempo ha ejercido Sanín Cano. «Periodista de ideas», como a sí mismo se ha llamado Wells, qué remotos se ven de tales alturas, el gacetillero gárrulo e ignorante y el editorialista machacón y embrollador! Tan lejos están de él como el poeta inspirado del rimador de barrio, como el gran orador del gritón de esquina.

Aunque me duela reconocerlo, no veo entre los actuales periodistas argentinos quien pueda compararsele por la extensión de su información y curiosidad, y el rigor dialéctico. Algunos tenemos estimables, pero, o más superficiales o más circunscritos a nuestras cosas, o bien al libro, con preferencia a la vida múltiple. Grandmontagne, argentino a medias, perteneció a ese linaje; ahora su horizonte se ha estrechado.

Prefiero remontarme con el pensamiento a Lucio López, a Cané, a Groussac.

Pero la obra de periodista de Sanín, corresponsal de grandes diarios en algún alto observatorio social, de donde se puede atalayar el panorama humano, ha sido más prolongada, persistente, profesional, diré, que la de aquéllos y también más abarcadora. Apenas una mínima parte de esa labor, dispersada a través de los años, ha sido recopilada en un volumen, recientemente en Buenos Aires, por un culto editor (1). «Ex ungue leonem». Son veintiún artículos y ensayos, escogidos entre quién sabe cuántos centenares de mérito no inferior. Con la sola producción suya que yo conozco, leída en las columnas de «La Nación», o en las de «Hispania», la sustanciosa revista que en la anteguerra dirigía en Londres Santiago Pérez Triana, y de la cual Sanín era activísimo redactor, me atrevería a formar varios volúmenes más, que no serían indignos hermanos del publicado, ni menos «actuales». Porque, por más que él nos diga en el prólogo que «algunos de los temas tratados tuvieron actualidad antes de ser materia de comentario, todo fué aparecer en letras de molde y la perdieron»—la afirmación debe acogerse con reservas. Pasó el hecho, pasó el hombre ejecutor, pero acaso viva para nosotros la vibración intelectual que uno y otro motivaron en el espectador, cuando él se llama Sanín Cano. Un censo arroja en la Gran Bretaña un exceso de población femenina. Siguiendo el hilo de la controversia suscitada por la comprobación, discute el periodista con gran acopio de hechos biológicos, psicológicos y sociales el tremendo problema del conflicto que se origina entre los humanos «por aver juntamiento con fembra plasentera» como decía el regocijado Juan Ruiz parafraseando a Aristóteles; y lo que fué una noticia estadística se

(1) «La civilización manual y otros ensayos». Editorial Babel, Buenos Aires, 1925.

convierte en un ensayo sobre el sexo y la equidad social de interés duradero y cuyas conclusiones son inquietantes buceos en las tinieblas del porvenir.

Mussolini anula la libertad de prensa. Es un minúsculo episodio de la inagotable historia de la violencia política. A Sanín Cano le pica una curiosidad (son sus palabras) averiguar qué parte de la obra poética de Carducci, por ejemplo, habría dejado de llegar hasta nosotros, si la ley de prensa italiana del 48 se hubiese aplicado con el rigor con que la condensa el decreto del dictador; y a este propósito escribe una informada crónica sobre el aspecto polémico y satírico del rebelde de los «Yambos y epodos», para concluir con una elocuente confesión de amor a la libertad y aun a la indisciplina y la fragmentación sociales, si en su regazo han de florecer el pensamiento y la poesía, como florecieron en Italia en las épocas más tormentosas.

Cuando él fecunda con su ágil inteligencia algún asunto, no hay hecho que permanezca en la esfera de lo accidental y episódico. Por algo su mente generalizadora ha hecho el elogio, contenido en este libro, del valor documental de la anécdota, elevada a símbolo, y es tanta su afición, en su conversación y en sus carillas, a referir cuentos al caso. En el «ejemplo» como llamábanle los antiguos, se encierra siempre una filosofía de la vida: lo que importa es saberla extraer.

Cuando releo mis palabras de salutación de 1925, antes trascritas, siento la satisfacción de no haber equivocado mi juicio sobre Sanín Cano. Hablé entonces guiado por las insuficientes impresiones de la memoria; ahora estoy en grado de confirmarlas con las recibidas en el trato personal y ante esta primera colección de sus ensayos. Ciertamente aquel apresurado esbozo a lápiz de la silueta intelectual del maestro dista mucho de ser el retrato que yo desearía ofrecerle, pero los rasgos esenciales están. Falta retocar y

completar, señalar las cardinales de su filosofía escéptica, que no es propiamente la del descreído, y la rica vena de sus sentimientos, que parecen correr fácilmente por el cauce de la amistad, a la cual rinde un culto ya muy raro (léase en este libro su admirable elogio de Jaime Fitzmaurice-Kelly, que ostenta por momentos las bellezas poéticas de una elegía); insistir sobre el carácter de su humorismo, actitud mental que, aunque preferentemente inglesa, él, español de raza, reclama en primer término para Cervantes; rastrear al fin las fuentes de su cultura.

Sobre esto último, si bien en sus artículos recopilados o no, ha sembrado preciosas noticias directas e indirectas, quien todavía debiera informarnos más ampliamente, es él mismo. Posee Sanín Cano todas las modernas lenguas de cultura—el francés, el alemán, el italiano, el inglés, y, naturalmente, las más afines al español— y ha sabido emplearlas dignamente en su provecho intelectual y en el ajeno. Por él sabemos que en Bogotá, más de treinta años atrás, «las obras y las ideas de Nietzsche—una de sus mayores admiraciones eran alimento de los estudios y materia de alusiones en la prensa diaria». No podría decirse lo mismo de Buenos Aires, donde sólo se difundieron allá a principios del siglo, por las traducciones del «*Mercure de France*» y las primeras ediciones españolas. Por él sabemos que un pequeño grupo en el cual figuraban talentos tan completos como los de José Asunción Silva y Guillermo Valencia, cuya cerebración él ha dicho sin jactancia, haber excitado, incitándoles a producir, oteaba en la lejana capital, desde 1890, las corrientes literarias y filosóficas de la misma hora, sin temerles a las ideas nuevas. ¡Y qué ideas! Nietzsche, Ibsen, Brandes, faros de una Europa que ha zozobrado en el pantano sangriento de la guerra y en la anticultura nacionalista. De ellos sobrevive Brandes, el gran europeo, «el buen europeo» de Nietzs-

che, a quien sofocan las fronteras intelectuales (1). De esa escuela es Sanín Cano, independiente disociador de ideas, sin supersticiones ni idolatrías personales o patrióticas. Él hizo leer entonces aquellos demolidores, a su alrededor, y en otras tierras de habla española, él movió a discutir sus ideas estéticas y morales.

Refiriéndose al carteo que medió entre Brandes y Nietzsche, en los años 1887 y 1888, escribe Sanín Cano en su libro que aquél era el momento preciso en que empezaban a soplar sobre Europa los vientos del espíritu en una nueva dirección. No habían de pasar muchos años para que esos vientos salobres aireasen el ambiente bogotano. ¿Cómo no ha de interesar a la historia de la cultura en América, la crónica que él podría referirnos, de aquella curiosidad intelectual, sorprendente para los argentinos que no ignoramos cómo era exclusivamente francesa nuestra ideología y literatura de entonces, renanista, positivista, zoliana?

«He estado siempre al lado de la juventud»—nos dijo Sanín Cano cuando lo recibimos afectuosamente entre nosotros. Así lo ha reconocido la juventud argentina, aunque no parece haber procurado merecer esa amistad, cuando él nos ha dejado tan pronto. Tuvimos en Buenos Aires a un hombre de autoridad intelectual, y también ética, indudable, que pudo sernos muy útil en el magisterio de las ideas y en la crítica de los libros (aquí donde cantan los serenos de la literatura todas las noches: las doce están dando y no hay crítica!): mi impresión es que, aunque respetado por todos y querido por algunos que nos acercamos a él, no supimos valorizarlo debidamente.

(3) Mientras corrijo las pruebas finales, acaba de morir.